

CODOSEDO

Distante unos 50 km de Ourense, esta iglesia, perteneciente al municipio de Sarreaus y a la comarca de A Limia, se encuentra a tan solo 2,5 km de Vilar de Barrio y a 14,5 km de Xinzo de Limia.

Iglesia de Santa María la Real

ESTA IGLESIA SE SITÚA EN LA MARGEN IZQUIERDA de la desecada laguna de Antela, al pie del monte Talariño, sobre un alto, a unos 100 m del núcleo del pueblo, que se extiende a sus pies. Ya en 1147 tenemos noticia documental del lugar de Codosedo, recogida en la donación del Hospital de Monte Mísero y de varias villas que hizo Alfonso VII al obispo Martín de Ourense: *ita in quam dono uobis ipsum montem quomodo diuiditir per terminos de Carragio et Freandi et Vilarini et Codesedi.*

Parece que fue el único monasterio femenino de la Orden de Santiago en Galicia, si bien su existencia fue muy breve (entre 1175-1180 y mediados del siglo XIII), pasando después a ser tratado como una iglesia dependiente de la Orden. Aunque en el año 1180 ya estuviese integrado en ella, tanto el monasterio como sus pertenencias (*monasterium de Codosedo cum pertinentiis*) se citan en una de las confirmaciones pontificias de los bienes y privilegios de la misma en 1223. Este es el único dato que se conserva sobre el monasterio en época medieval. Es probable que tuviese, no obstante, una trayectoria similar a la de otras casas santiaguistas como San Munio de A Veiga (A Bola) y San Salvador de Vilar de Donas (Palas de Rei, Lugo). Así, basado en un monasterio altomedieval, sus herederos lo cederían hacia el año 1200 a la Orden de Santiago, presidida por un prior y sin que la convirtiera en una de sus encomiendas.

En 1224 se cita como monasterio, aunque todo parece indicar que en 1269 ya había perdido ese carácter, por lo que se convirtió en una iglesia parroquial más con el único gasto del sustento de un clérigo.

Del conjunto monasterial de Codosedo solo se conserva parte de la iglesia, de nave única, amplia y alta. Tenía un ábside semicircular precedido por un presbiterio inusualmente conformado por dos tramos rectos, construido todo ello con buen aparejo de sillares de cantería, aunque este se perdió, junto al arco triunfal y al testero oriental de la nave, en la última década del siglo XVIII, momento en que se levantó una nueva capilla mayor dado el mal estado en que se encontraba la original. Es posible conocer estos y otros detalles del aspecto del edificio medieval a través de las minuciosas descripciones que se conservan en múltiples documentos custodiados en el Archivo Histórico Nacional, en los que se

consignan las visitas realizadas al conjunto monasterial. Gracias a estos Libros de Visitas, y a pesar de no conservarse hoy en día nada de las dependencias monásticas, sabemos de la existencia del coro aún en 1494, al que accedían las monjas a través de una escalera de caracol embutida en el muro de la fachada occidental. En notas de 1719 y 1743 constan las descripciones de unos altos paredones de sillería con almenas

Fachada oeste





Portada oeste

que circundaban la salida de la puerta principal de la iglesia, contruidos a modo de pórtico, y en los que se abrían tres puertas: una principal y una a cada lado. Junto a este, y según una descripción de 1494, se disponían las otras dependencias monásticas adosadas a ambos costados de la nave, aunque de ellas no quedan más restos que los canecillos, situados en el tercio inferior de las fachadas laterales de la nave, que sustentaban su tejado a una sola vertiente. Por su parte, la fábrica medieval de la iglesia se mantuvo en el mismo estado en que había quedado desde su construcción, en el arranque del siglo XIII, hasta el siglo XVII, momento en que se erigió una torre en el ángulo suroeste de la fachada occidental, y luego hasta la última década del siglo XVIII, en que se produce la comentada sustitución del ábside original por otro barroco de grandes dimensiones. Por lo tanto, el aspecto que presenta hoy en día la iglesia mantiene en gran medida su disposición original, a pesar de que su fachada occidental también sufrió algunas reformas: perdió el meridional de dos altos contrafuertes (debido a la construcción de la mencionada torre) que enmarcaban una calle central en arimez, y su portada principal sufrió importantes modificaciones a principios del siglo XIX, aunque

en 1743 aún mantenía una estructura similar a la que se puede apreciar hoy en la meridional, con un par de columnas acodilladas a cada lado bajo sus respectivos arcos de medio punto. Actualmente, tres arcos semicirculares abocinados de arista en bocel apean, continuándose en ellas, sobre jambas igualmente aboceladas. Un liso tímpano semicircular, realizado en una sola pieza, descarga sobre dos mochetas en nacela con superposición de planos, en el último de los cuales se desarrolla, en la septentrional, un estilizado tema vegetal en el que un invertido vástago geminado situado sobre una forma cilíndrica enrolla sus zarcillos en torno a los laterales de este, mientras que en la meridional, más simple, únicamente se presenta un cilindro de escaso desarrollo situado transversalmente. Debido a la restauración efectuada en la década de los noventa del siglo XX, el tímpano perdió las pinturas de época moderna que lo adornaban con la cruz de la Orden en un escudo timbrado con el capelo y las borlas propias del monasterio de San Marcos de León.

A cada lado del cuerpo central en el que se abre la portada, y uniéndolo a ambos contrafuertes, se disponían dos arcos que apeaban sobre tres elementos: esta misma zona en resalte, su respectivo contrafuerte y, en el espacio mediante, un canecillo. De nuevo, debido a la torre, solo se conservan los arcos correspondientes al lado septentrional, exhibiendo el canecillo en el que apean una tosca cabeza humana. Estos, de medio punto ligeramente peraltados, sustentan una cornisa que se extiende hasta el remate del paramento de la fachada, coronando también el contrafuerte. Idéntica a la que corona los flancos de la nave, esta cornisa se adapta a todo el perímetro de la iglesia, moldurándose en una media caña adornada con una serie de bolas, flanqueada por un listel y un bocelillo en su parte inferior.

En el cuerpo central del hastial se abre un rosetón constituido por un único vano circular perfilado por un motivo en zigzag, aunque, según se dejó constancia en 1743, por aquel entonces aún se organizaba en cinco óculos. Como apunta Julio Vázquez, estos podrían haberse dispuesto de manera que uno grande quedara en el centro y los otros cuatro, más pequeños, se ordenasen en torno a este, en cruz, de forma parecida, aunque simplificada, a la que adopta el rosetón del testero de la catedral ourensana, o bien en aspa, como sucede en el de la cabecera de San Pedro de Ramirás (en el lugar de Mosteiro, Ramirás). Por su parte, este motivo del zigzag lo podemos encontrar en la iglesia de Santa María de Oseira adornando las arquivoltas de las ventanas de los tramos entre las capillas de su girola, obra realizada, según Valle Pérez, entre 1185 y 1200; también en las iglesias alaricanas de Santa María de Vilanova, en el rosetón del testero oriental de la nave, y de Santiago, adornando la basa de una las columnas de la ventana meridional del interior del ábside. Un ejemplo más lejano lo constituye uno de los cimacios de la portada occidental de la iglesia de San Fiz de Solovio, en Santiago. Todas ellas son iglesias que comparten un horizonte constructivo en torno al año 1200.

Sobre el rosetón, culminando la fachada sin espadaña, una delgada cornisa sigue las dos vertientes del tejado de la nave, ornándose con unas cintas que describen una doble curva y se enlazan ofreciendo un aspecto trenzado, cuyos senos circulares albergan tetrapétalas muy estilizadas dispuestas en cruz, muy similares también a las que podemos encontrar en las impostas, tanto del interior como del exterior, de las ya mencionadas ventanas de los tramos entre capillas de la girola de Oseira.

La nave, que destaca por su gran altura y tamaño (como consta en los documentos que recoge Julio Vázquez, sus medidas son de 48 por 23 pies), se compartimentaba en tres tramos (como lo hace actualmente) por medio de cuatro contrafuertes en cada lado que disminuían en espesor conforme subían hasta el tejado, de los cuales perdió el más occidental del flanco sur, enmascarado por la estructura de la citada torre, y los dos más orientales de ambos lados, debido a la construcción de la moderna capilla mayor. Cada uno de estos tramos presenta los siguientes elementos: un par de canecillos a media altura, mostrando temas geométricos o vegetales estilizados, que probablemente sustentaban la estructura de madera de la techumbre de las dependencias monásticas, una saetera de ápice semicircular horadado en un solo sillar y una cornisa dispuesta sobre arcos de medio punto levemente peraltados que apean, a su vez, sobre una serie de canecillos. Esta organización de la cornisa, moldurada en un

listel en la parte superior y un bocelillo en la inferior, entre los que se dispone una media caña adornada con bolas, remite a la influencia ejercida por el taller mateano en Ourense, en concreto a la recogida por su propia catedral, de la que la iglesia de Codosedo toma tanto esas bolas de la cornisa y los arcos bajo ella, como la riqueza de los canecillos, propios de las formulaciones de su segunda etapa constructiva, aunque la sencillez del tratamiento dado en Codosedo, que se explicita en la ausencia de decoración en metopas e intradoses, la aproxima a lo realizado en la primera etapa de la sede ourensana.

En el tramo más occidental del flanco sur de la nave, los dos canecillos presentes en la mitad inferior del paramento muestran una curva de nacela que, en uno de los casos, permanece sin decoración y en el otro exhibe un grueso cilindro dispuesto transversalmente. La cornisa se compone de cinco de los arcos antes comentados, a los que se le sumó la mitad de otro más en cada extremo para ajustarse a las alteraciones producidas por la construcción de la torre, que apean sobre seis canecillos de temática animal, en los que se distinguen varias cabezas: de un cuadrúpedo de grandes orejas, probablemente una oveja, de un animal indeterminado, redonda, con un hocico estrecho y romo y grandes ojos en los laterales, y un perro, o quizá un bóvido. También se representan animales de cuerpo entero, como son una serpiente que lo enrosca apretadamente, anillándose en torno a



Muro sur

su cabeza, proyectándola ligeramente, dos pequeños pájaros en posición simétrica que extienden sus alas y testas por los laterales del canecillo, y un gran pájaro de largas alas y gruesos cuerpo y patas.

En el tramo central de esta fachada, que sobresale ligeramente en planta, se abre la portada meridional, con un arco semicircular formado por dos arquivoltas abocinadas, la exterior compuesta por doce dovelas y la interior por ocho, cuyas roscas presentan una arista abocelada entre dos medias cañas. Los arcos descargan sobre dos columnas acodilladas a cada lado, a través de los cimacios de estas que, impostándose, se extienden hasta alcanzar los contrafuertes que enmarcan la portada. Estos cimacios se molduran en listel y bisel, siendo este último el triple de alto que aquel. Mientras el listel permanece liso, la zona biselada se adorna con cuatro filas de volumétrico damero, siendo los tacos correspondientes a las columnas interiores y a la cara interior de las exteriores de mayor tamaño. A excepción del correspondiente a la columna exterior occidental, los capiteles presentan una decoración vegetal estilizada, además de ábacos ornamentados que muestran en los ángulos unos salientes.

El capitel exterior occidental, cuya cesta suaviza la arista de sus caras hasta hacerla desaparecer, adoptando una forma cercana a la de un cilindro cuya parte superior se abre, ensanchándose ligeramente, exhibe una decoración a base de unos orificios organizados en siete filas, realizados con trépano, y que provocan un marcado contraste lumínico. Este motivo tiene una escasa presencia en el románico gallego, encontrando Julio Vázquez una posible relación con el que presenta el capitel septentrional de la ventana del hastial este de la nave de San Cristovo de Novelúa, en Monterroso, Lugo. En cuanto a la columna interior del mismo lado, muestra un grueso ábaco en el que la arista es ocupada por un saliente cuadrangular sin decoración, disponiéndose, a cada lado, un rectángulo cuyo fondo se adapta al del propio ábaco, y que destaca su línea perimetral mediante un fino listel. Por su parte, el capitel muestra en su ángulo una estilizada hoja que comprende la altura total de la cesta, y cuyo anverso muestra tres nervios verticales en resalte, volviéndose su ápice, que invade el tercio inferior del ábaco, hacia el interior, mostrando su reverso. En el extremo de cada cara se repite este motivo, quedando un espacio entre estas hojas angulares en el que se dispone, en la parte exterior, una forma aproximadamente rectangular cuyos laterales se curvan hacia afuera a medida que ascienden en altura, por lo que la parte superior es más ancha que la inferior, y en cuya superficie se han grabado una serie de líneas en curva descendente; en la parte interior del capitel, la superficie que une las hojas angulares se excavó para formar tres hojitas dispuestas en dos órdenes, de manera que una surge del astrágalo, mientras que las otras dos, de menor tamaño, se sitúan sobre esta.

Ambos capiteles orientales presentan un ábaco fusionado con la cesta que cuenta con rebajes situados rítmicamente, generando un juego lumínico a base de entrantes y

salientes. Estos ábacos, al igual que el del capitel occidental interior, exhiben en el ángulo, además, una protuberancia prismática que en el caso del oriental exterior presenta un arquito en cada cara. El capitel exterior adorna su cesta con una gruesa hoja lanceolada de anverso excavado, que se superpone a otras tres hojas de igual perfil, y que se sitúa en el ángulo. La flanquean otras dos hojas que surgen a cierta distancia del astrágalo, cuyos ápices redondeados invaden la parte inferior del ábaco, y que se han realizado mediante unas líneas incisas superficialmente: dos paralelas definiendo su perfil, y otras curvas estriando su anverso. Otras dos hojas lanceoladas, y mostrando también su anverso estriado, aunque algo más marcado, se sitúan una a cada extremo del capitel, cerrando la composición. En cuanto al capitel oriental interior, exhibe una hoja ancha con el ápice aguzado y vuelto levemente sobre su anverso. En este, ligeramente cóncavo, se destacan unos nervios en relieve. Esta hoja, en el ángulo del capitel, se superpone a otra de la que solo resulta visible el ápice vuelto hacia abajo. A cada lado se disponen otras dos hojas de ápices redondeados y anverso marcado por una serie de líneas curvas descendentes. En los extremos del capitel se dispone otro par de hojas, muy similares a estas, pero de ápice aguzado y con un anverso al que se le da un acabado cóncavo. En los espacios interfoliares se disponen cuatro vástagos que se vuelven apretadamente adoptando una forma en espiral.

Las columnas, además, presentan unos fustes monolíticos, cilíndricos y lisos, y basas áticas con garras sobre estrechos plintos cuadrangulares. Por su parte, los codillos en los que se disponen estas columnas perfilan sus aristas con un bocel cuya parte exterior es precedida por un rebaje en nacela.

El tímpano, liso y realizado en dos piezas, apea directamente sobre jambas en arista, en lugar de hacerlo sobre mochetas, como ocurre con la portada principal. En la descripción que se conserva de ambas, realizada en el 1743, se deja constancia del parecido entre ellas, con lo que esta portada también ha sufrido alteraciones más allá de esta fecha.

Sobre la portada, dos canecillos sustentarían un perdido pórtico de madera. Ambos muestran un perfil en nacela con una placa superpuesta en la que se alberga, en la del lado occidental, un motivo geométrico realizado a partir de un prisma rectangular, colocado transversalmente, sobre el que se asienta un semicilindro; en la del oriental, una hoja picuda cubre parte de lo que parece la cabeza de un ofidio. Más arriba, una saetera se abre en el paño y, coronando el paramento, se dispone la cornisa sobre arquitos. Estos, en número de cinco, apean sobre seis canecillos en nacela, de temática geométrica o bien con estilizaciones vegetales. Entre los primeros encontramos los que presentan una sucesión de planos, lisos o albergando en el último de ellos un semicilindro, o bien una lengüeta que decora su reverso con incisiones formando ángulo, y que envuelve en la parte superior del canecillo un rollo cilíndrico; entre los segundos, una hoja estilizada y nervada enrolla su ápice apretadamente hasta formar un grueso



Portada sur

cilindro y, a su lado, el canecillo siguiente repite el mismo tema, aunque en esta ocasión el ápice de la hoja se envuelve en sentido contrario.

En el tramo oriental de la fachada meridional volvemos a encontrar los dos canecillos que sustentarían una techumbre de madera, ambos en forma de proa (mostrando el derecho una mayor decoración al tener su parte inferior estriada y la superior, habitualmente lisa, un círculo determinado por una circunferencia incisa), la saetera, y los arquitos (originalmente seis, aunque ahora solo quedan cinco debido a la construcción del moderno ábside) sustentados sobre cinco canecillos. Estos, al igual que los del tramo occidental, muestran las cabezas o bien medio cuerpo de varios animales, representándose siempre frontalmente y con rasgos comunes, como son los grandes ojos y los contornos redondeados. Así, se distingue un cáprido de cuernos enroscados, un bóvido de ojos semiesféricos y un animal indeterminado de carácter fantástico. Uno de los canecillos presenta una cuidada decoración geométrica, en la que un listón, decorado con incisiones en forma de ángulos, surge a partir de dos estrechas cintas



Capiteles de la portada sur

que a su vez se unen a dos pequeñas bolas que se alojan en los extremos inferiores de la nacela. Una gran bola remata la parte superior del listón, a la que se sobrepone una lengüeta proveniente de otras dos estrechas cintas que se descuelgan del rectángulo que compone la superficie desde la que se inicia la curva en nacela del canecillo. También se encuentra en este grupo la representación de una cabeza humana, en este caso masculina, de grandes ojos almendrados, barbada, como se desprende de las suaves incisiones ondulantes que cubren sus mejillas y que se disponen en abanico en la barbilla, y un cabello ordenado en gruesos mechones ondulados que en los laterales alcanzan mayor longitud, llegando hasta la nuca, donde se enroscan formando una espiral.

En el testero oriental de la nave se abría, antes de la construcción del moderno ábside, un rosetón que, junto al de la fachada occidental, iluminaba la nave. Se conoce su existencia por la mención que se le hace en el Libro de Visitas en 1538, en el que, como apunta Julio Vázquez, se deja constancia de que los visitantes mandaron que se reparase y enlase la iglesia, poniendo especial énfasis en que se dispusiese un

lienzo encerado en el “espejo de la corona del crucifijo” para evitar que el agua de la lluvia entrara en el templo.

En cuanto a la cabecera original, esta se ha perdido completamente, como se ha comentado, al construirse en su lugar un enorme cubo realizado con buenos sillares en la última década del siglo XVIII, igualando este en altura y anchura a la nave románica, en vez de acometerse la urgente reparación que precisaba la capilla mayor original, por lo que es únicamente a través de las descripciones de los documentos como podemos conocer el aspecto que presentaba. Como recoge Julio Vázquez, el ábside se trazó originalmente de forma semicircular y reuniendo varias características inusitadas, entre ellas su gran tamaño (de 17,5 por 15 pies), y el hecho de que el presbiterio que antecede al semicírculo estuviera constituido por dos tramos rectos. La unión entre la capilla mayor y la nave se realizaba mediante un contrafuerte a cada lado, iguales a los que se disponen a lo largo de esta, seguidos por un codillo reforzando el testero de la misma, donde se recibían los empujes del arco triunfal. Parece que el ábside presentaba en su exterior cinco columnas entregas que recorrían toda la altura del edificio, localizándose cuatro de ellas en los muros exteriores del presbiterio, dos a cada lado, trasluciendo la estructura interior de este, compartimentada por dos arcos fajones, y destinadas a soportar sus empujes. La columna restante es posible que estuviese alojada en el centro del hemiciclo, característica esta inusual, y que más obedecería a alguna modificación que al plan inicial, provocando además el desplazamiento de la ventana absidal hacia el Sur, en lugar de situarse esta en el eje, como dicta la norma. En todo caso, la construcción del ábside nunca llegó a completarse, no elevándose su muro exterior más allá de la línea de imposta de la bóveda interior, con lo que las columnas entregas no llegaron a rematar en capiteles ni a cumplir su función portante, quedando, pues, reducidas a elementos simplemente decorativos. Debido a estas obras inconclusas, se produjo un hueco entre esa línea de imposta interior y el tejado, que hubo de ser cerrado con tablas siguiendo todo el semicírculo del ábside, mientras que el techo se apoyaba en *columnas o pontones* de madera, faltándole doce *cuartas* de alto al muro y dejando el tejado, que siempre se recubrió con tejas, en forma de azotea, con lo que quedaba a expensas de las inclemencias del tiempo, favoreciéndose la creación de deformidades en los muros. A pesar de todo ello, la capilla mayor se mantuvo en este estado desde su construcción hasta finales del siglo XVIII, momento en que se decide sustituir por la que hoy se conserva.

La fachada septentrional de la nave, siguiendo las características de la meridional, se divide en tres tramos, cada uno de los cuales exhibe una saetera y la cornisa sobre arquitos. El tramo más oriental, que, de nuevo, al igual que ocurría con el del flanco sur, ha perdido uno de los arquitos debido a la construcción del moderno ábside, presenta, pues, cinco en lugar de los seis que le corresponderían, sustentándose sobre idéntico número de canecillos. Estos vuelven a representar, como los del tramo occidental de la fachada sur, animales

fantásticos de grandes ojos redondos, de los que se muestra o bien su cabeza o bien medio cuerpo, así como una serpiente enroscada. Además se repite el tema de la decoración floral muy estilizada que encontrábamos en el tramo oriental de la nave sur, aunque en esta ocasión el listón con incisiones angulares se halla enmarcado por dos bocelillos, y se han suprimido las pequeñas bolas inferiores. Por su parte, los dos canecillos situados a media altura se encuentran ocultos por una pequeña construcción del segundo cuarto del siglo XVI, que se habilitó como sacristía. En el tramo central sí resultan visibles, presentando idéntico tratamiento que los del más oriental de la fachada meridional. Los canecillos, todos ellos de muy tosca ejecución, muestran dos cabezas humanas, una de ellas aparentemente coronada, y motivos geométricos, como bolas dispuestas en la nacela, mucho más grande la situada en la parte superior, o un prisma triangular. En cuanto al tramo más occidental de esta fachada septentrional, los dos canecillos que sustentarían el pórtico, o bien parte de la techumbre de las dependencias monasteriales, muestran un rectángulo superior adornado, uno con seis radios inscritos en un círculo, y el otro con un círculo, mientras que la nacela muestra superposición de planos en el último de los cuales se sitúa una bola, o bien tres cilindros dispuestos longitudinalmente. Los seis arquitos de la cornisa apean sobre otros seis canecillos, de labra muy tosca, entre los que se halla una cabeza humana y un motivo vegetal en la que dos cilindros son envueltos por hojas, y algunos otros de difícil interpretación. Entre estos últimos, Julio Vázquez distingue un contorsionista de corta indumentaria, en posición invertida y con las piernas flexionadas, y advierte la posible presencia, como caso excepcional, de un barco del que solo se aprecian un mástil y dos velas, quizá triangulares, infladas por el viento, lo que constituye, como el mismo autor reconoce, una representación rarísima en el románico gallego, ya que en las escasas escenas en que participa este motivo suele hacerlo como barca, sin velas, y asociado a temas jacobeos, como sucede en el dinero de vellón acuñado en la ceca de Santiago durante el reinado de Fernando II o en el tímpano de la iglesia de Santiago de Cereixo (Vimianzo, A Coruña). Como barco, pero con mástil y sin velas, aparece en el tímpano meridional de la iglesia de los Padres Mercedarios de Sarria (Lugo). En estos casos, el modelo iconográfico parece remitir en última instancia al arte romano, mientras que en Codosedo parece ceñirse más a la realidad, y es comparable, en cierta medida, a las representaciones de las naves que iluminan las Cantigas de Alfonso X.

En lo que respecta a los canecillos, pues, encontramos dos grupos diferenciados: uno lo integran los seis del tramo occidental del lado sur y los cinco de los tramos orientales de ambas fachadas. Estos se caracterizan por haber sido realizados con una gran calidad técnica, representando una variada y fantasiosa fauna de contornos redondeados y grandes ojos semiesféricos, así como una estilizada decoración vegetal, e incluso un rostro masculino que también muestra cierta es-



Cornisa de la portada sur

tilización; el otro grupo lo forman los canecillos del tramo intermedio de ambos paramentos y los del tramo occidental del norte, a los que hay que sumar el que aún se conserva en la fachada principal, y los que sustentaban los pórticos laterales. Estos muestran una decoración esquemática (incluyendo cuatro toscas cabezas humanas), geométrica e incluso vegetal, realizados con una factura seca y sin la suavidad de líneas que presentaba el grupo anterior.

En cuanto al interior de la iglesia, dos altísimas columnas entregas (su fuste se compone de veinticinco tambores) a cada lado, correspondiéndose con los contrafuertes exteriores que definen el tramo central, se asientan sobre un banco que recorre los muros laterales. Estas columnas, que comprenden prácticamente la altura total de la nave, o bien estaban destinadas a recibir el apeo de dos arcos diafragma (en los cuales reposarían las armaduras de madera de la cubierta, ya que el espesor de los muros no parece suficiente como para resistir las presiones de una solución abovedada), optándose finalmente por cambiar estos planes, o bien responden a la intención, como ocurre en ocasiones, de dejarlas sin función tectónica. Los capiteles que las coronan repiten un mismo esquema, mostrando, bajo ábacos lisos, una cesta prismática en forma de estrecho tronco de pirámide que, para adaptarse a la curva descrita por el fuste cilíndrico, añade bolas en sus esquinas inferiores. En el flanco norte, el capitel occidental presenta un motivo vegetal a base de cuadrifolios en relieve, similar al de la cornisa del hastial de la fachada principal, si bien difiere en el tratamiento dado, disponiéndose en aspa en lugar de en cruz, e inscribiéndose en un círculo, en lugar de hacerlo en los senos formados por cintas ondulantes. El capitel oriental repite motivo, pero de nuevo añadiendo algún detalle en la labra que lo diferencia. En este caso, la tetrapétala, dispuesta en cruz y en torno a un botón central, únicamente destaca en relieve el borde de sus hojas, en un alarde de minuciosidad, inscribiéndose, como en los otros casos, en un círculo delimitado por una circunferencia también en relieve.

En los capiteles meridionales, el occidental repite tema y tratamiento vistos en el correspondiente del lado norte, mientras que el oriental muestra un tema de hexapétalas tratadas a bisel, generando una arista central, y que, uniéndose dos a dos, forman un rombo en el que se dispone una hojita. Las basas de las columnas, de tipo ático, reciben un tratamiento diferenciado, ya que las correspondientes al lado septentrional muestran un toro superior moldurado en cuarto de bocel, seguido de una larga escocia y un toro inferior de escaso desarrollo vertical, sobre un plinto rectangular, adornándose los ángulos con garras, mientras que las del lado meridional repiten el esquema, con la salvedad de que el plinto es circular.

Siguiendo con los paramentos interiores, la portada principal muestra un arco de medio punto, pero lo más destacable es la existencia de una escalera de caracol embutida en el espesor del muro, y que daría acceso al exterior, e incluso al rosetón o a la tribuna. En su parte superior presenta una pieza decorada con un ser monstruoso cuyo cuerpo está formado por la parte delantera de tres serpientes con la boca abierta, dispuestas una hacia la derecha y dos hacia la izquierda.

Por su parte, en el tramo más oriental del muro norte aún quedan restos de una sencilla puerta de arco de medio punto, hoy cegada, que probablemente daba acceso a alguna dependencia monacal, en cuyo lugar se encuentra ahora la pequeña sacristía construida en el segundo cuarto del siglo XVI.

En las zonas altas del muro, las saeteras se abren presentando un pronunciado derrame.

El arco triunfal se perdió al construirse la moderna capilla mayor. Quedan, no obstante, las descripciones de esta, que nos permiten conocer su organización. Así, pues, sabemos que el presbiterio, inusualmente, se componía de dos tramos abovedados separados por dos arcos fajones que apeaban sobre dos columnas entregas a cada lado, y por el arco triunfal sustentado por otras dos. De ellas solo se conservan dos basas en el atrio, flanqueando la verja oriental del mismo,



Capitel de la nave

y que repiten el esquema visto en las de las columnas interiores del lado norte de la nave: toro superior moldurado en cuarto de bocel, seguido de una larga escocia, y un toro inferior de escaso desarrollo vertical con bolas a modo de garras, sobre un plinto rectangular. Por su parte, el ábside se cubría con una bóveda de cascarón. Como recoge Julio Vázquez, el abovedamiento del presbiterio ya estaba un poco abierto para cuando se realiza la primera visita en 1494, por lo que los visitantes mandaron traer un maestro para que lo reparase y limpiase. En 1719 se especifica que era el arco triunfal el que se había abierto "como cosa de dedo y medio" en la clave. Así se mantenía en 1743, cuando la capilla mayor amenazaba ruina, tanto por dentro como por fuera, puesto que presentaba varias fisuras y era necesario apuntalar los empujes de su cubierta.

Por su parte, es de destacar la presencia junto a la puerta principal, en el lado norte, dentro de unas rejas de madera, de una pila bautismal, ya descrita en 1494. Lo más probable es que se incluyese cuando desapareció la comunidad monástica, puesto que estos elementos solo se explican cuando el templo tiene un carácter parroquial. La pila, realizada en una sola pieza granítica, está formada por una gran copa y un pequeño pie cilíndrico liso. La decoración se desarrolla sobre toda la superficie de la copa, enmarcada por dos molduras lisas, siendo más ancha la superior que la inferior. En ese listel superior se desarrolla un texto en el que algunos signos se muestran en relieve y otros incisos superficialmente, lo que dificulta su lectura. Bajo él, la decoración de la copa muestra listeles diagonales, muchas veces uniéndose en su extremo inferior formando una V, bolas, aros, cruces, y hasta dos representaciones humanas. En el caso de las cruces, aparecen en tres ocasiones. Una de ellas es patada, con sus brazos dispuestos en aspa, e inscrita en tres aros; otra se inscribe en uno de los espacios definidos por listeles en V, y la tercera se asocia a una de las figuras humanas. Esta, de rasgos toscos y desproporcionados, se representa de medio cuerpo con las manos unidas a la altura de la cintura. El otro personaje, también representado de medio cuerpo, se asocia a varias bolas.



Capitel de la nave

Para esta pieza se puede suponer una cronología en torno a mediados del siglo XIII, cuando el edificio pierde su carácter monástico, habiendo sido realizada, probablemente, por un cantero local, que demuestra menos pericia que los que habían trabajado en la construcción de la iglesia.

También se conserva una imagen en madera policromada (siendo la actual pintura moderna) de un Crucificado que formaba parte de un Calvario que en 1494 aún se ubicaba en lo alto de una viga ante la capilla mayor, aunque hoy se encuentra en el colateral sur. El cuerpo de Cristo, de anatomía esquemática y escaso volumen, muestra una ligera curvatura al haberse desplazado la cadera hacia la izquierda del eje, efecto subrayado por la inclinación de la cabeza hacia su derecha. Esta ha sufrido importantes modificaciones, ya que el pelo y la barba se rebajaron para sustituirlos por cabello postizo, mientras que la corona real fue retallada en forma de corona de laurel. El rostro, en el que los ojos están cerrados, muestra resignación, mientras que los brazos presentan una leve flexión en los codos y las manos están ligeramente cerradas, lo que supone ciertas innovaciones con respecto a las representaciones románicas gallegas. Por su parte, el perizoma, que tipológicamente remite a la tradición local, abandona esta en cuanto al tratamiento plástico de los pliegues, puesto que en la zona de los muslos se adopta un trabajo en forma de V, a pesar de que entre las piernas y en los laterales se mantiene el sencillo plegado vertical de escaso volumen. En cuanto a las piernas, paralelas, presentan una ligera flexión de las rodillas, estando los pies, que también se mantienen en paralelo, perforados por un clavo cada uno. Julio Vázquez encuentra gran parecido entre esta talla y la conservada en el Museo de León, también integrante de un Calvario, proveniente de San Miguel de Corullón, datada hacia mediados del siglo XII, proponiendo para el Cristo de Codosedo una fecha de realización en torno a 1220 ó 1230, si bien siguiendo a otros autores habría que retrasar hasta el siglo XIV su ejecución, con lo que las características que comparte con otras obras románicas supondrían un arcaísmo dentro de un estilo ya gótico.

En cuanto a las influencias que se perciben en la iglesia de Codosedo, a modo de conclusión, habría que señalar tanto las ejercidas por la catedral ourensana (bien como ejemplo a seguir en sí misma o bien como difusora de innovaciones mateanas), como las cistercienses recogidas a través de Oseira. Entre las primeras encontramos la organización de la cornisa, dispuesta sobre una serie de arquitos sobre canecillos. Este elemento, analizado por Valle Pérez (que, como señala, tras su temprana utilización en iglesias que presentan un románico primitivo, como es el caso de San Antoñño de Toques, se reintroduce en Galicia posteriormente a través de San Vicente de Ávila, que recoge, a su vez, influencias borgoñonas y poitevinas de forma sintética), remite en Codosedo tanto a la primera etapa de la construcción de la catedral auriense, en cuanto a la ausencia de metopas y a la sencillez de los intradoses, como a la segunda, en cuanto a la inclusión del motivo de las bolas en la cornisa y a la riqueza de los canecillos. También hallamos la influencia de la catedral de Ourense en el inusualmente desarrollado presbiterio de Codosedo, formado por dos tramos abovedados. Así, esta formulación solo encuentra cierto parangón en obras de gran entidad, como el presbiterio de la capilla mayor de la citada catedral, realizada en torno al año 1188, en obras monásticas relacionadas con la orden cisterciense, como ocurre en Oseira, construida entre 1185 y 1200, o en edificios vinculados a núcleos mateanos, como San Xoán de Portomarín, fechado a finales del siglo XII o principios del XIII. Por su parte, la estructura de la fachada occidental y, sobre todo, la escalera de caracol embutida en su parte interior remiten a obras de núcleos mateanos como Santo Estevo de Ribas de Miño (O Saviñao, Lugo) o a la ya mencionada de Portomarín, hallándose también esta solución en edificios cistercienses realizados en fechas ligeramente posteriores, como pueden ser Armenteira o Meira, ejemplos fechables entre finales del siglo XII y el 1225. En cuanto a la decoración, el motivo de las rosetas inscritas en círculos, que encontramos en Codosedo en la cornisa de la fachada occidental y en los capiteles de las columnas del interior de

la nave, podemos rastrearlo en obras próximas a esta iglesia, asociado al núcleo mateano de Ourense, estando presente en las iglesias de Santa María de Vilanova y Santiago, ambas en Allariz. También a ellas nos remite el zigzag del óculo de Codosedo, puesto que el rosetón sobre el arco triunfal de Vilanova y una basa de Santiago muestran este mismo motivo, que encontramos igualmente en las arquivoltas de Oseira. La reiteración de estos elementos decorativos en la cercana iglesia de San Xoán de Morgade (Xinzo de Limia), en la que la portada principal llena sus arquivoltas e impostas, de forma casi exclusiva, con ellos, da pie a Julio Vázquez a identificar al cantero que obró en ella con el que trabajó en Codosedo.

Por lo anteriormente apuntado, y teniendo en cuenta las referencias documentales en las que consta que el monasterio se construyó entre el año 1180 y el 1224, cabría fijar para la edificación de la iglesia de Codosedo una cronología que nos lleva al arranque del siglo XIII.

Texto y fotos: MVT

Bibliografía

- BANGO TORVISO, I. G., 1979, pp. 60-61; BARRIOCANAL LÓPEZ, Y., 2013, p. 312; FERNÁNDEZ OTERO, J. C., GONZÁLEZ GARCÍA, M. Á. y GONZÁLEZ PAZ, J., 1983, p. 255; LAREDO VERDEJO, X. L., 1989, XII, p. 163; LÓPEZ DE PRADO ARIAS, X. L., 1986, p. 239; MADDOZ, P., 1845-1850 (1986), II, p. 324; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 2008, p. 271; PITA ANDRADE, J. M., 1963, pp. 46-47 y 54-55; PITA ANDRADE, J. M., 1969a, p. 72; PITA ANDRADE, J. M., I, 1969b, pp. 104-107; RISCO, V., s.a., pp. 561-562; RIVAS QUINTAS, E., 2002, p. 218; RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, M. E. (dir.), 2008, pp. 102 y 152; SAINZ SAIZ, J., 2008, p. 63; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 106, 111-112, 115, 123-125, 136, 158, 174, 259 y 262; VALLE PÉREZ, J. C., 1984, pp. 297-298, 303-304, 313-315, 317-18, 320 y 325; VALLE PÉREZ, J. C., 1997, pp. 73-74; VÁZQUEZ CASTRO, J., 1998, pp. 103-167; VÁZQUEZ DÍAZ, M. B. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 2010, I, doc. 23; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1983, pp. 128-140; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1987, II, pp. 574 y 586; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1990, pp. 28-36; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1994, pp. 47-48.

